

»—¿Para qué la quiero?

»—¿Conque es mía, sólo mía?

»—Antes de ahora nada podía darle. Para manifestarle á usted cuánto agradezco los cuidados que se toma, lo primero que tengo se lo doy.

»—¡Ah, señorita, muchas gracias! ¡Ya puede usted mandarme rodar, que todo lo haré contenta!

»Volví la cabeza: aquella gratitud, expresada de un modo tan venal y grosero, me repugnaba.

»El ama de llaves cumplió, sin embargo, lo que en su codicioso arranque había prometido.

»Desde aquel día tuve mejor cama, mejor mesa; estuve, en una palabra, mejor cuidada.

»Pero, ¡ay!; ¿qué podían halagarme aquellas atenciones, que debía sólo á unos pocos diamantes? ¿Qué valen las atenciones compradas y mercenarias, para un corazón sediento de ternura y de cariño? Nada podía mitigar la tristeza que me agobiaba; nada podía hacerme amar la vida que iba aborreciendo.

»¿Y qué tenía de extraño? Ningún lazo me hacía amarla; ningún interés me ligaba á la tierra; en vano buscaba á quien amar, ¡en vano!... ¡No había en derredor mío más que soledad y abandono!

»Según las noticias de Eustaquia, cuyo mayor placer era saber lo que sucedía en casa para venir á contármelo después bajo el pretexto de distraerme, mi madrastra, en vez de luchar con la al-

tivez de mi hermana, había résuelto, como mujer de talento, contemporizar con ella.

»Halagábala comprándola trajes nuevos, rodeándola de fausto y, en una palabra, haciendo todo lo posible para complacerla.

»Bien pronto la severidad de mi padre hubo de ceder ante aquellas dos jóvenes voluntades coaligadas.

»Se dieron banquetes, bailes magníficos y espléndidas cenas. Amelia tomó abono en dos de los principales teatros, á los que asistía con mis hermanos, y el lujo y la espléndidez reinaron en nuestra casa.

»Pero todo aquello servía sólo para hacer más amarga y aflictiva mi soledad; desde mi pobre y mísera habitación oía yo el rumor del baile y de la música, las joviales risas y el bullicio de los convidados.

»Las noches de concierto no podía dormir, y sentada en mi lecho oía las deliciosas melodías de las obras maestras de Meyerbeer y Bellini, derramando lágrimas de entusiasmo y palpitando mi corazón bajo el peso de una emoción deliciosa y desconocida.

»Sin embargo, no me quejaba yo de mi abandono, á pesar de la mortal soledad en que vegetaba: jamás tuve la pretensión de querer penetrar en aquel mundo que admiraba á través de las negras paredes de mi aposento. ¿Qué hubiera yo podido hacer en él? Cada día, al mirarme en el es-

pejillo que se veía sobre la vieja y humilde mesita de mi cuarto, una amarga y desolada sonrisa entreabría mis labios, y me decía á mí misma:

»—¡Bien estoy aquí! ¡Aquí nadie se mofará de mi fealdad, y allí se me reirían todos!

»Luego volvía á sentarme, y caía de nuevo en mi forzosa inmovilidad.

»No tenía ni aun el recurso de entretenerme con alguna labor de mi sexo, pues ninguna sabía hacer; nada me habían enseñado, y la decadencia de mi espíritu me había impedido siempre el desear ninguna ocupación.

»Dos años pasaron en esta vida dolorosa, muerta, por decirlo así; ninguna variación había en mis días; había mucho desvelo en mis noches, pero ni unos ni otras eran alegres, ni aun tranquilos.

»Tres veces en el transcurso de este tiempo estuvieron á verme mi madrastra y hermana; mi padre y mi hermano no venían jamás.

»La última vez me preguntó Laura quién me servía.

»—Eustaquia—la respondí.

»—¿Sólo?—repuso Laura muy admirada.

»—Sólo—la contesté yo.

»Mi hermana miró á Amelia: en su lindo semblante se reflejaba una expresión de lástima.

»—¡Pobre Melania!—dijo.—Fuerza será buscarte una camarera joven que te acompañe y distraiga.

»—En efecto—repuso Amelia, fiel á su sistema de no contrariar absolutamente en nada á mi hermana;—se la buscaremos.

»Yo me encogí de hombros; me era indiferente aquella mudanza en mi situación.

»Amelia y Laura se despidieron muy pronto, según hacían en todas sus visitas; á mi lado no sabían de qué hablar, porque yo no vivía en el mundo que ellas, y se hacían la cuenta de que para hablarse la una á la otra estaban mucho mejor, más cómodas y distraídas, en la habitación de cualquiera de las dos que en la mía.

»Dos ó tres días después me entregó Eustaquia un billete de mi hermana cerrado con lacre, cosa que desesperó al ama de llaves, pues ella hubiera querido saber su contenido antes que yo.

»El defecto dominante de aquella mujer era una extrema, y casi pudiera decir, voraz curiosidad: pesaba sobre todos mis actos y sobre mis acciones más indiferentes su activa jurisdicción, y aquella carta que se la recataba la enojó sobremanera.

»Púsola en mis manos rezongando entre dientes, aunque sin articular una palabra entera, y yo me apresuré á abrirla, deseosa de saber por qué me escribía Laura, que jamás lo había hecho.

»Eustaquia me miraba con una curiosidad febril: tenía las mejillas rojas y los ojos chispeantes; yo la estaba observando con disimulo, y por la primera vez de mi vida me divertía un poco en hacer padecer á alguno.

»Acabé de leer, y doblando el billete, le guardé en el bolsillo.

»—¡Veamos! ¿Sabré yo al fin lo que dice?—preguntó con imperio el ama de llaves.

»—¿Para qué?—repuse yo mirándola fríamente.—¿Á usted no le interesa para nada el contenido de esta carta.

»—¿Cómo que no me interesa?—repuso furiosa.—¿Me gusta la salida! ¿Quién es, pues, aquí la responsable de las acciones y actos de usted?

»—¡Nadie!—respondí con un suspiro que no pude reprimir á pesar de lo ridículo de la situación de Eustaquia.—Nadie—continué—es aquí responsable de lo que yo hago más que yo misma.

»—¡Pues yo le digo á usted lo contrario!—replicó Eustaquia.—Le digo á usted que debo ver esa carta, y la veré.

»—Y yo le aseguro á usted lo contrario.

»—¿Quiere decir que rehusa usted enseñármela?—insistió de nuevo.

»—Rehusó.

»—¡Piénselo usted bien!—exclamó Eustaquia con una especie de cómica cólera, y poniendo un gesto que ella juzgó muy dramático.

»Yo le volví la espalda sin querer responder nada á sus sandeces.

»Entonces cambió de táctica: echóse á llorar, y se dejó caer sobre una silla, sofocada, al parecer, por la emoción, pero en realidad por una gran cólera.

»—¡Yo me tengo la culpa!—gritó con acento entrecortado por los sollozos;—¡sí, yo sola me tengo la culpa! ¿Quién me manda interesarme por semejante fenómeno? ¿Si estos lisiados de la mano de Dios jamás son buenos! ¿Si todos me lo decían! ¡Qué ingratitud, santo cielo; qué horrible ingratitud, después de lo que yo he hecho, después de lo que me he sacrificado en cuidar y mimar lo que todos aborrecen con mucha razón!

»¡Pero basta ya!—añadió levantándose con toda la majestad de su cólera;—¡sí, basta ya! ¡No quiero nada de común con usted. Viva usted como hasta aquí, sola, sin ver á nadie, sin que nadie se acuerde de usted; lo que es de mí, no se tiene usted que volver á acordar tampoco.

»Al acabar de pronunciar estas palabras se levantó con ímpetu, y salió dando un portazo; yo quedé admirada y sorprendida al mismo tiempo; luego una negra aflicción invadió mi alma, y empecé á llorar copiosa y desconsoladamente.

»Parecíame que abandonada de aquella anciana, quedaba de nuevo sola sobre la tierra; ya no recordaba su carácter imperioso y desapacible, sus modales groseros, ni la implacable jurisdicción que ejercía sobre mí; lloraba su ausencia, y me acusaba de haber provocado su cólera no queriendo enseñarle la carta de Laura.

»Una vez fijo mi pensamiento en el billete, le saqué de mi bolsillo y leí de nuevo su contenido.

»Decía así:

«El tener que probarme un vestido para el baile de esta noche, me impide pasar á tu cuarto, querida mía; pero te aviso por medio de este billete, de que esta tarde á las tres irá á que la veas, una jovencita, hija de un dorador de metales, y oficiala de costurera de mi guantero, que desea ponerse á servir y que, según creo, te servirá de muy buena compañía, porque tiene una educación muy superior á su clase y está adornada del más bello natural.

»Ya ves que se interesa por tu bienestar tu hermana, que te quiere,

»LAURA.»

»La segunda lectura de este billete trajo alguna calma á mi espíritu.

»Ya no iba á vivir sola, y lo que era aún más grato para mí, iba á vivir con una joven de mi edad.

»Mi corazón oprimido se ensanchó en mi pecho, como se esponja la flor al beso de las auras de la tarde. ¡Cuánto anhelaba la llegada de la hora en que debía ver á la joven que quería compartir mi soledad!

»Pero apenas eran las once de la mañana, y no debía llegar hasta las tres.

»Anhelando que llegase pronto, me acosté sobre la cama para pasar el tiempo que quedaba más

de prisa; pero como todas las noches me acostaba muy temprano y me levantaba también algo tarde por huir en lo posible de mi abrumadora soledad, no me fué posible conciliar el sueño.

»No pudiendo dormirme, contaba las horas con ansiedad en el gran reloj del comedor, cuya campana se oía, aunque sordamente, en mi cuarto.

»Cuando dieron las dos y media, oí el rumor de un paso ligero y una dulce voz que preguntaba:

»—¿Se puede ver á la señorita Melania?

»—¿Quién es usted?—preguntó á su vez la gruesa voz de un lacayo.

»—Soy Gertrudis.

»—¿Y quién es Gertrudis?

»—La doncella de la señorita.

»Una carcajada contestó á estas palabras, pronunciadas con una voz que ya empezaba á ser angustiada y llorosa.

»—¡Cómo! ¿Va á tener doncella la señorita Melania?—preguntó burlescamente el lacayo;—¿quién te ha engañado así, muchacha?

»No pudiendo tener más paciencia, me levanté y me asomé á la puerta, queriendo, á pesar de mi timidez, contener la insolencia brutal del lacayo; pero no fué necesaria mi intervención. Al mismo tiempo que yo llegaba á la puerta de mi cuarto, apareció en el umbral del salón la bella figura de mi madrastra, que dijo con imperio:

»—Introduzca usted á esa joven en la habitación de la señorita Melania.»

VII

«El lacayo no tuvo necesidad de obedecer aquella orden, que había escuchado con la más profunda sumisión á pesar de lo que mortificaba su vanidad.

»Gertrudis me vió, y advertida, sin duda, de antemano de mi figura, se acercó á mí sin vacilar. Yo la hice señas de que me siguiese, y entramos en mi cuarto.

»Á su vista, las lindas facciones de mi futura camarera retrataron una sensación penosa; yo, por el contrario, sentí una delicia inexplicable al ver su bonita figura, tan graciosa y tan aseada. Gracias á Dios nunca he conocido la envidia, esa cruel enfermedad del alma que hubiera arrancado todos los buenos instintos de la mía.

»Mi corazón, amante por naturaleza de todo lo bello, de todo lo bueno, ha gozado siempre una sensación de dicha á la vista de un objeto agradable; y las tinieblas de mi pobre estancia, tan húmeda, tan insalubre, tan triste, me parecieron aclaradas con la sonrisa de Gertrudis.

»No me cansaba de mirar su humilde y gracioso vestidillo de guinga azul, su pañuelo de cua-

dros de colores vivos, y su airosa mantilla de seda guarnecida de puntilla y terciopelo.

»—Señorita—me dijo ella,—el fabricante de guantes para cuya tienda trabajo, me ha dicho que su señora hermana buscaba una doncella para usted. Yo gasto más de lo que gano, y perjudicó á mis pobres padres, que son ya bastante ancianos, porque la costura vale muy poco en el día; por esta razón he pensado que quizá yo podría ocupar ese sitio al lado de usted, y vengo á ver si sería usted gustosa en que yo la sirviese.

»—Sin duda—la respondí yo, confusa en extremo ante aquellas pruebas de deferencia, ante aquel lenguaje respetuoso que oía por la primera vez de mi vida.—Sí, sin duda estaré muy contenta de que me sirvas tú.

»—Entonces, señorita, ya no hay más que hablar: usted me dirá cuándo quiere que vuelva.

»—Pero, ¿y del salario y demás condiciones, nada hay que decir? ¿Estás ya convenida con mi familia?

»—¿Para qué hemos de hablar de eso? Yo estaré contenta con lo que me den.

»—¿Y si te dan poco?

»—No importa: siempre ganaré más que cosiendo.

»—¿Quién sabe?

»—¡Ay, señorita! ¡Si usted supiera lo que es el coser para las tiendas! ¡Si usted pudiera figurarse qué horrible esclavitud impone! Figúrese usted

que las pobres muchachas obreras como yo, no tenemos un solo instante para pensar en otra cosa que no sea: —¿Cuánto me darán? ¿Cuánto me pagarán? ¿Cuánto más podré coser hoy que ayer, y mañana más que hoy?— Y esto aniquila y mata. Esto le hace á una avara, interesada, miserable. Apenas hay tiempo para peinarse, para comer, ni aun para dormir. ¿Qué más? Algunas veces ni aun rezar se puede, porque el pensamiento, apartándose de la labor, paraliza la mano, y la labor es antes que nada en esa vida de angustia!

»Yo escuchaba á Gertrudis absorta, y un rayo de consuelo se deslizaba en mi pobre alma abatida.

»—¿Luego—dije sin poder disfrazar mi pensamiento,—luego esa existencia es aún más dura y amarga que la mía?

»—¡Pues quién lo duda!—exclamó la pobre costurera.—Usted, señorita, por muy solitaria que viva, es dueña de su cuerpo, de su alma, de su pensamiento. La infeliz obrera todo lo sacrifica en aras de su duro trabajo. Para ella no hay nunca solaz ni descanso. No puede coser ni ponerse un vestido nuevo, porque le falta el tiempo; no puede ir á misa muchas veces, porque el fabricante necesita de su obra con premura: no se pertenece, en una palabra.

»—Entonces, Gertrudis, tal vez serás dichosa viniéndote á mi lado, porque te sobrá el tiempo para todo.

»—Yo le aseguro á usted, señorita, que seré muy dichosa.

»—Pero, ¿no ves qué habitación tan triste? ¿No te dará pena estar en ella?

»—No, señora; y además, la pondremos más bonita.

»—Mira que yo no salgo de casa.

»—Eso era antes; ahora saldrá usted alguna vez conmigo, y veremos los campos y las flores. Cuando usted no quiera salir nos estaremos en casa; sólo la pidó que me deje cada domingo ir dos horas por la tarde á casa de mis padres.

»—Te lo prometo.

»—Pues nada más exijo ni he de pedir. Y ahora, señorita, si usted no me manda nada, me voy y volveré mañana; esta tarde la emplearé en coser y arreglar alguna ropa blanca de mis padres.

»—Hasta mañana, pues.

»—Hasta mañana.

»Gertrudis salió, y yo me consideré dichosa con tan buena compañía.

»Aquella noche dormí mejor; y por la mañana, apenas me había levantado, llegó Gertrudis.

»Quitóse su mantilla, que dobló, y luego me dijo:

»—¿Ha almorzado usted ya, señorita?

»—Aún no—la respondí.

»Ella no respondió nada: salió, y poco después entró de nuevo con una taza de chocolate y un vaso de leche en una bandeja.

»Acercó la vieja mesilla en que yo hacía de ordinario mis comidas; la limpió, colocó sobre ella un paño en extremo blanco, y encima mi desayuno, que me pareció opíparo.

»—¿Quién te ha dado esto?—le pregunté sorprendida.

»—Lo he tomado yo—me respondió alegremente.—Pedí chocolate para usted, y el cocinero me señaló algunas tazas llenas sobre la mesa, que olía á pegado desde una legua.

»—Ese nó vale para mí—dije yo.—Quiero chocolate bueno.

»—La señorita Melania toma siempre lo que no vale para nadie—me respondió.

»—Ya se acabó eso. Ahora comerá tan bien como los demás, y va á ser la primera prueba.

»Dicho esto, tomé chocolate nuevo que había visto sobre la mesa, y lo hice yo misma: busqué todo lo necesario, y llené este vaso de leche de un gran jarro que vi sobre la mesa.

»—Señorita—añadió Gertrudis,—no es que su familia no quiera que usted tenga lo que necesita: es que por su método de vida no puede cuidarse de que la sirvan, y los bribones de los criados se aprovechan de eso. Pero ahora yo la serviré á usted, y cuando no haya, lo tomaré.

»—¿Pero no temes que te aborrezcan ellos?

»—No, señora. Dios ayuda á los que cumplen con su deber.

»Dichas estas palabras, Gertrudis se sentó en-

frente de mí y empezó también á tomar su chocolate, pero con pan moreno y en actitud humilde y respetuosa.

»Luego que terminó mi desayuno y que me hubo obligado cariñosamente á beber toda la leche que me había servido, salió con el servicio; cuando volvió, limpió con esmero la habitación y la alcoba, mulló mi lecho, y puso en orden perfecto mis pocos y viejos muebles.

»Bien pronto la antigua cómoda brilló de limpieza; brillaron también las sillas; sonrió un rayo de sol á través de los emplomados vidrios, y todo se puso risueño en mi pobre estancia.

»Acabada la limpieza, Gertrudis quiso proceder al aseo de mi persona: buscó un peinador blanco, y no le halló; entonces tomó la toalla que me servía para lavarme la cara, la echó sobre mis hombros y desató mis cabellos.

»Más de tres horas pasó en desenredar, con una paciencia admirable, la enmarañada madeja que sostenía mi cabeza; á cada instante, y lejos de quejarse de cansancio, murmuraba:

«—¡Qué hermosa cabellera! Esto es magnífico, y vale toda una belleza.

»Recogidos por fin en primorosas trenzas, que prendió con un cuidado exquisito con largas horquillas que sacó de su faltriquera, arregló lo mejor que pudo los utensilios del tocador, y después buscó en el fondo de mi alcoba un traje que ponerme.

»Ninguno pudo hallar: todos mis vestidos, ó más bien los pocos y viejos que poseía, estaban descompuestos y en el estado más deplorable. Gertrudis tomó el que le pareció menos malo, lo cepilló con esmero, salió luego á comprar seda y agujas, y cuando volvió se sentó á componer el vestido cerca de mí.

»Para la hora del almuerzo ya estaba yo aseada, es decir, desconocida. Algo de alegría, de dicha, de bienestar sentía yo, porque el aseo del cuerpo da al alma una sensación infinita é inexplicable de felicidad.

»Después del almuerzo, sano y abundante, que me sirvió Gertrudis, me dijo con dulzura y con aquella especie de persuasión juguetona que le era peculiar:

«—Señorita, ¿por qué no va usted á hacer una visita á la señora?

«—¿Á mi madrastra?

«—Precisamente.

«—¡Pero si apenas la conozco!

«—Pues eso es lo malo: usted debería tratarla, visitarla; no es bueno meterse en un rincón, porque suele quedar uno olvidado.

«—¡Más olvidada de lo que estoy!

«—Es necesario que usted ponga algo de su parte para estarlo menos. Usted no ocupa su sitio, no lo ha ocupado jamás, y es necesario que piense en recobrarlo.

«Yo hice un gesto de desaliento.

»Poco me importaba este sitio ó el otro. Los horizontes de la vida se me presentaban nebulosos y sombríos doquiera volviere á ellos mis ojos.

»El talento natural y penetrante de Gertrudis me pasmaba, pero no me convencía; casi diré más bien que me asustaba, porque mi pensamiento y mi voluntad estaban reducidos á un círculo tan ruin, que había perdido hasta la facultad del cálculo y de la reflexión.

»—No quiero ir á ver á mi madrastra—dije con la triste obstinación que formaba ya la base de mi carácter:—ella y mi hermana me miran con desprecio, se burlan de mí.

»—Sin embargo, señorita, el verlas y el que la vean á usted es el único y solo medio de que piensen en lo que necesita, de que la atiendan más... Usted necesita renovar su equipaje, sus muebles, su ropa blanca... ¿No es esto verdad?

»—Lo será, pero prefiero pasarme sin ello á pedir nada.

»Gertrudis reflexionó durante algunos instantes: una expresión de afligido asombro se pintó en sus lindas facciones; pero luego levantó la cabeza con resolución, me dirigió una mirada tierna y compasiva, que penetró hasta lo más profundo de mi alma, y me dijo:

»—Señorita, yo he venido aquí á consolar á usted y no á hacerla padecer: así, pues, no quiero aconsejarla ni persuadirla lo contrario de lo que desea hacer; si usted no quiere ver á su fa-

milia, en hora buena; pero no por eso carecerá de lo que necesite, porque yo lo pediré para usted.

»—¡Cómo!—exclamé yo admirada.—¿Tú pedirás para mí...?

»—Cuanto usted necesite: ropa, muebles, servicio de mesa...; todo, en fin, y eso va á ser ahora mismo.

»—¡Ah qué buena eres, querida Gertrudis!—exclamé yo juntando las manos.

»—No soy mala—repuso ella,—y sobre todo, estoy muy contenta de poder hacer una obra de misericordia. Sí, señora—prosiguió, con una expresión muy graciosa de inocente orgullo:—la obra de misericordia CONSOLAR AL TRISTE; porque usted, señorita, está y ha estado muy triste toda su vida.

»Escuché con profunda gratitud las frases de Gertrudis y sin que me creyese rebajada por ellas en lo más mínimo; porque hay en los sentimientos emanados de la bondad del corazón algo de grato y de hermoso que cautiva á los demás corazones que son buenos.

»Gertrudis salió, en efecto, y poco después volvió con una gran bandeja en las manos.

»Había en ella ropa blanca, dos cortes de vestidos muy sencillos, y que se conocía eran desechos de mi hermana, pero que podían pasar por galas para mi desnudez, y debajo de todos estos objetos había un bolsillo de seda, á través de cuyos calados brillaban algunas monedas de oro.

»Gertrudis fué sacándolo todo de la bandeja con un gozo tierno y alegre á la par; todo me lo fué mostrando, ponderándome el mérito de cada cosa.

»—Parte de esto—me dijo—es regalo de la señora, y parte me lo ha dado para usted la señorita Laura.

»La señora me ha parecido que estaba algo triste; no obstante, he notado también que disimulaba en lo posible, y me ha dicho, poniéndome en la mano este bolsillo:

»—Esto para que se lo des á Melania: hay poco, pues sólo contiene media onza; pero no puedo más. Dile que todos los meses la remitiré otra suma igual para su guardarropa. Yo me vine muy contenta para enseñar á usted todo esto, señorita; pero ahora me marchó, porque voy á regalarla una cosa que me parece la gustará mucho.

»Dicho esto, y sin esperar mi contestación, salió Gertrudis, y yo quedé contemplando con placer los objetos que me había traído.

»Aún estaba ocupada así, cuando volvió á entrar; venía cargada con una maceta pequeña de malvarrosa, esa planta delicada, de tan fino perfume; detrás de ella venían dos chicos de los que se ocupan generalmente en hacer mandados: el uno traía una maceta de sándalo, y el otro otra maceta enorme de albahaca.»

—Es la que está también en el recibimiento—prosiguió Melania interrumpiendo aquí su larga

narración;—tenía grabadas, lo mismo que hoy en su parte principal, las letras que componen mi nombre, y que Gertrudis había mandado poner por una atención generosa suya, y para que constase que era ella quien me hacía aquel humilde pero agradable regalo.

»Separó con desdén la gran maceta de camelias; aquella maceta soberbia con la cual mi hermana había querido consolar mi aislamiento, sin poder lograrlo, y puso en medio la gran albahaca, y á sus dos costados la malvarrosa y el sándalo.

»Pronto se difundió por toda la estancia un delicioso y penetrante aroma. Si tú, amiga mía, que eres tan nerviosa y delicada, no comprendieras la influencia que ejercen los perfumes en los organismos como el tuyo y el mío, en vano sería que yo pretendiera explicártelo; es una cosa que se siente, pero que no se expresa; es una sensación grata y dulce que embellece cuanto hay en derredor. Yo me sentí de pronto feliz, animada, contenta; sentí mi ser regenerado, y Gertrudis, en pie delante de mí, contemplaba gozosa la mutación de mi semblante, y se alegraba con ella como obra suya.

»Comí bien al anochece, y luego me sirvió un excelente té con una delicadeza á la que yo no estaba acostumbrada; después se sentó á coser á mi lado, y me entretuvo con su alegre charla.

»Á las once me levanté del viejo sillón que ocupaba, y Gertrudis acudió á desnudarme.

»—Hoy se ha pasado el día sin salir—me dijo; —pero mañana no ha de ser así: iremos á paseo, señorita, y por la noche leerá usted un rato.

»En efecto, al día siguiente, y apenas hube almorzado, Gertrudis me hizo salir con ella á dar un largo paseo.

»Fuimos cruzando algunos campos solitarios, y aquel bello día de otoño parecía regenerar mi sangre y todo mi ser; los rayos del sol derramaban en mi alma una alegría infinita; el canto de los pajarillos me hechizaba; aquel aire tibio, perfumado, dilatava mi pecho con una sensación dulce y desconocida.

Gertrudis me miraba complacida. Cuando hubimos paseado una hora, me rogó que me sentara, y ella se colocó á mi lado.

»—¡Qué distinta está hoy, señorita!—exclamó.—¡Qué buen color se le ha puesto; qué animación en los ojos! ¡Me parece usted hasta bonita! Pero vamos á hablar un poco del porvenir—añadió,—y permítame usted que la dé mi parecer; ¿no se enojará?

»Mi sonrisa la aseguró de que no, y ella continuó de este modo:

»—Pues bien, si usted trabajase algunos ratitos con la aguja, se entretendría mucho y se hallaría mejor. ¿Por qué no hace usted la prueba?

»—Pero, ¿en qué he de trabajar?

«—En cualquier cosa: en bordar, por ejemplo: ¿no sabe usted bordar?

»—Me enseñaron cuando niña; pero seguramente lo habré olvidado ya.

»—No importa, es forzoso recordarlo. No tiene usted una idea de lo que divierte esa labor; además que las jóvenes, ocupadas, parecen mejor que ociosas.

»Yo me encogí tristemente de hombros, con un aire que quería decir:

»—¡Jamás puedo yo parecer bien!

»Gertrudis leyó en mi pensamiento con su admirable penetración, y me dijo, sin dar tiempo á que se arraigase mi triste desaliento:

»—Señorita, no hay que pensar en que usted no podría parecer bien; todo lo que parece mal, puede parecer mejor; y, sobre todo, la labor ahuyentará el tedio de su lado de usted y se hallará mucho mejor y más contenta; conquese, así que volvamos á casa, yo la arreglaré á usted un bordado, un cuello para usted.

»En efecto, Gertrudis hizo lo que me había dicho, y aquella tarde bordé yo, si bien muy lentamente, pues ya no recordaba más que las reglas más comunes del arte encantador de bordar, y aun éstas con mucha dificultad.

»Poco á poco, sin embargo, me fué interesando la labor, y por la noche no hallaba la hora de dejarla para acostarme.

»¿Qué más diré? Desde aquel día empieza mi vida tranquila y dichosa en cuanto puede serlo; la ternura, ó más bien, la admirable caridad de esa

joven, redimió mi alma de las tinieblas de la desesperación, y sacudió el idiotismo que se apoderaba de mi entendimiento.

»Dos meses después de estar á mi lado Gertrudis, no me reconocía yo misma: me hallaba fuerte y dichosa, veía el porvenir alegre, y la fe y la religión habían brotado en mi alma con la lectura de los buenos libros que me había dado mi confesor, santo y sabio sacerdote.

»Porque la ternura, el celo de Gertudis, no se habían limitado sólo á proporcionarme el bienestar material; antes de conocerla me había yo confesado sólo una vez al año, acompañada de Eustaquia, que no era por cierto muy cristiana; pero la sincera piedad de aquella joven angelical no podía contentarse con tan poco: ella iba á la iglesia con frecuencia y me rogaba con tanta eficacia que la acompañase, que no podía negarme á ello.

»Nada consuela tanto al triste como las prácticas de la religión; yo deseaba oír aquellas dulces palabras, aquellos consejos que resonaban en mi alma como un eco celeste y bendito, y mi razón, iluminada con la sagrada luz de la fe, me hizo esperar resignada una vida mejor.

»Algunas veces iba con Gertrudis á casa de sus ancianos padres: allí aprendí la resignación en medio de la desgracia y de la indigencia; allí comprendí las dulzuras de una vida laboriosa y constantemente ocupada, y cada día, al despertar, bendecía al Todopoderoso, cuya benéfica mano había

traído á mi lado el doble ejemplo de la juventud buena, dulce y cristiana, y de la ancianidad religiosa y respetable.

»Sin embargo, el desamor, ó más bien la profunda indiferencia de mi familia, no cambiaba para mí en sentimientos más tiernos ó afectuosos; con la misma indiferencia de siempre era tratada; apenas veía á nadie; pero sabía que el método de vida de mi madrastra y de mi hermana era más retirado que lo había sido otras veces.

»Humberjo había ya vuelto de sus viajes, y hacía la vida de los jóvenes del gran tono; pero en más de una ocasión llegó hasta mi retiro la voz severa de mi padre, que altercaba con él, y el acento irritado de mi hermano, que no titubeaba en desafiar su cólera.»